

ct

# Carolina o La doma de un leopardo

-Monólogo para actriz y gallina-

de  
Eva Hibernia

*(fragmento)*

Personajes: Carolina María de Jesús.

*Carolina, en el último día de su vida, habla con su gallina Clotilde.*

(...) Yo soy la cosa nunca vista, Clotilde, la negra pobre y semianalfabeta que se agarra a las palabras y las pone para que perduren. Soy un fenómeno a todo color en la primera plana de los periódicos. (La gallina pía) Un fenómeno sí, como la mujer de tres cabezas en el circo. Primero doy asombro, luego doy miedo, luego doy risa. Mientras doy asombro todo va bien, Clotilde. Audálio se asombra y yo le enseño mis diarios, para que vea que soy verdad, que cada día yo me cuento a mi y a las cosas de la favela, yo cuento para mí porque para nadie más cuento, solo para mis hijos porque tienen hambre y gritan ¡comida mamá!, ¡comida mamá!, ¡comida mamá! Cuando mis hijos ven la comida aplauden, pero el espectáculo dura poco porque la comida se acaba y otra vez vuelven a gritar. ¡Siempre mis hijos gritando porque tienen hambre!, y los borrachos de la favela siempre gritando porque tienen demonio en el cuerpo, o las mujeres en la cola del agua siempre gritando ¿Tú te fijaste la señora Binidita la barriga que le está creciendo? ¿con quién chingó Binidita que le está creciendo la barriga así? ¿Esa vieja, con 82 años qué le va a crecer la barriga? ¡Qué sí, la bruja esa chingó y ahora mira, de siete meses está! ¡Esto es el fin del mundo! ¡Será hijo del demonio! ¡Habrán que llevarle ropitas al hijo del demonio! Y la señora Binidita también grita cuando le llevan las ropitas, ¡zorras desgraciadas! ¡el hambre les hizo un agujero en el cerebro! ¿No ven que soy madre que salió de circulación, cómo voy a tener hijo entonces, locas? Todos gritan en la favela, los gritos se enredan en la basura, porque todo es basura, mi madre tuvo un hijito que lo parió ya basura, no solo muerto, podrido, se le deshacía la carne y hedía y la gente se hacía cruces y gritaba que nunca se había visto algo así, entonces yo lo escribo, para que dejen de gritar en mi cabeza los dejo gritar en el papel, que sigan viviendo en el papel, con todo su grito, sin exageraciones, esa madre que grita porque su niño encontró un trozo de carne en descomposición y la comió y el niño se le agusanó, grita lo justo, lo que deja el hambre, no es como en el teatro que la actriz tiene fuerza porque ha comido y grita más de la cuenta, llora bonito y hace llorar bonito, yo no escribo sobre el hambre, escribo desde el hambre. Es muy distinto. Esto a Audálio le gusta, es justo lo que necesitaba porque le han encargado un reportaje sobre nosotros, los de las favelas, ¿para qué va a contarlo él si puedo contarlo yo mejor? Tengo las palabras semianalfabetas que nacen desaliñadas, son palabras de vertedero, por eso a veces las frases están rotas, les falta algo, una otra palabra para que todo sea con lazo, bonito, o la palabra tiene joraba o más patas que un ciempiés o el verbo tiene el tiempo machucado, ni pasado, ni presente ni futuro, tiempo machucado que es el tiempo del vertedero, el tiempo del Dios de los pobres donde viven los pobres. Pero aún así soy escritora, Clo, soy madre de palabras mías, Clo, lo dicen los periódicos y doy asombro al mundo. La gente se pregunta ¿pero cómo puede ser que esta negra con solo dos años de estudio y un agujero en el cerebro pueda poner una palabra detrás de la otra? Yo no tengo agujero en el cerebro, Clo, lo tengo en la barriga, toda la vida es un agujero en la barriga, solo que cuando yo no tengo qué comer en vez de insultar, escribo. Las personas, cuando están nerviosas, insultan o piensan en la muerte como solución. Pero yo escribía en mi diario. Y me sacaron muchas fotos y vinieron periodistas para que leyese fragmentos de mi diario y yo los leía mientras me sonaban las tripas. Las tripas también querían leer, pero como no saben leer, gritan el hambre. Me vais a desmayar, tripas, pensaba yo. Pero no quería desmayarme, quería leer mi diario delante de toda aquella gente. Ahora siento que también voy a desmayarme. Pero no tengo hambre, ¿o sí tengo hambre?, ¿se puede dejar de tener hambre cuando se ha nacido en el hambre?, ¿es el hambre una filosofía, Clo?, el hambre es el patrón blanco, Clo, es nuestra nueva esclavitud. ¿Han llamado a la puerta? (la gallina pía) Podría ser

Audálio, entonces fue Audálio quien vino a mi barraca en la favela y me dijo, ahora vamos a reunir tus diarios en un libro. ¡¡¡Un libro!!! Encontré quien quiere publicarte, dijo Audálio. Claro, pensé yo, es lo natural, lo que siempre me ha dado fuerza, saber que yo soy escritora porque poseo el lenguaje a mi manera, como se doma un leopardo, cosa muy imposible hasta para los que tienen estudios, porque si fuera fácil todo el mundo tendría un libro suyo. Mi leopardo está lleno de cicatrices y es cojo, pero es mío, ¿quién puede decir que tiene un leopardo y que puede montarse en él y dominarlo para que diga su verdad? Como pocos pueden a la gente no le gusta que una negra favelada pueda. Por eso, después de publicar mi libro primero, yo quise varios empleos. No me aceptaron por causa de mi lenguaje poético. Por eso no me gusta conversar con nadie y por eso hablo contigo, Clotilde, porque tú eres gallina privilegiada. (la gallina pía) Llenarías al mundo de asombro, como yo. Tuve que ponerle título a mi primer libro y eso es difícil, Audálio lo hizo, “Cuarto de deshechos”, así se llama, si Dios creó el mundo en una semana yo en una semana vendí los 10.000 libros de la primera edición, ¡yo creé un fenómeno!, la gente que se perfuma estaba dispuesta a meter su nariz en un cuarto de deshechos, los blancos estaban necesitando asombrarse y me eligieron. Y no sólo en Brasil, también en francés y en inglés y en alemán y en otros idiomas hasta 15. A veces me pregunto cómo sonarán mis palabras jorobadas y con más patas que un ciempiés en otros idiomas. Si hay hambre suficiente en otros idiomas para que la gente entienda la favela. ¿Han llamado a la puerta, Clotilde? Toc-toc-toc, ¿no escuchas cómo alguien quiere entrar? (la gallina pía), ¿quién querrá entrar en un cuarto de deshechos? Eso es la memoria, Clotilde, el basurero de Dios, donde escarba Dios para asombrarse. A mí me echaron de la religión católica, no me acuerdo por qué, el por qué está en la basura y yo estoy en la basura y la iglesia católica está en la basura, y Dios revuelve entre la basura y toma mis frases que ordenan la basura y lee y dice, ¡es asombroso! ¡esta hija mía dice cosas que yo siento! Cómo cuando digo que hay días en que quiero a mis hijos y hay días en que, si yo pudiera, me gustaría acuchillarlos y volverlos a acuchillar. Dios se consuela con las manchas de mi leopardo porque él también tiene manchas, porque la basura es sucia y Dios mora en el centro de todas las basuras y hay días que también querría acuchillar a sus hijos. Las madres blancas no tienen manchas, nunca hablan de acuchillar a sus hijos por eso conmigo les da el escándalo, esa negra pobre hablando de cuchillos, cuando los niños se ponen insoportables se los lleva la mucama que es negra y se aguanta. Las negras tienen que aguantar el grito de los hijos, los suyos y los blancos. Por eso me tienen miedo, es la segunda cabeza de la mujer fenómeno, la cabeza que da miedo. Porque un libro, que escriba un libro es cosa rara, pintoresca, una excentricidad que se puede tolerar si luego se olvida. Pero ella quiere seguir, medioanalfabeta, contándonos su cuento. Su cuento aburre. Cucarachas. Las cucarachas no son literatura. Se las aplasta porque son negras. Crujen porque son negras. Las cosas negras tienen que saber para qué sirven, para ser aplastadas o para aguantar el llanto y el grito insoportable de los niños. Por eso cuando yo me senté a escribir al sol pasó una niña y me dijo ¡estás escribiendo, negra apestosa! Y la madre no dijo nada, no reprendía. Al callar instigaba. Como la madre tiene miedo de mí y de mi leopardo, aunque sea cojo y lleno de cicatrices, le dice a su niña que me grite para que yo me entristezca. Pero a mí eso no me pone triste, me puse triste cuando comprendí que yo era poeta, porque el exceso de imaginación es demasiado. Imaginar es ver mucho. La gente piensa que imaginar es como andar de vacaciones, pero no, imaginar es tener ojos para todos, hasta lo profundo de sus corazones. Por eso mi segunda cabeza da miedo. Y porque puedo pagar a una blanca para que me limpie la casa. Seguí el deseo de una negrita de la favela, ella me dijo, Carolina, ahora que tienes dinero de tu libro y puedes pagar una señorita busca que sea blanca, hazle vestir de gorrito y delantal y fregar el suelo con las manos, oblígala a pasar el estropajo con las manos, a llevarte el desayuno a la cama y a llamarte señorita Carolina. Haz a ella lo que ellas hacen con nosotras. Y así lo hice. Ella trabajaba para mí pero no bebía en mis tazas ni probaba mi comida y cuando venían

invitados se quedaba triste murmurando ¡Dios mío, esto es el fin del mundo! Dios me está castigando. El mundo se está girando. Yo, blanca, tener una jefa negra. No le salían las cuentas a la señora, dos más dos no le sumaban cuatro. Y es normal, Clo, porque quien predomina en Brasil son los blancos y los negros son predominados. El número de gente no importa. Es lo que haces con el número, cómo le quitas la fuerza al número, la calidad. Para eso sirve el hambre. ¿Es el hambre gratuita? No, el hambre sale muy cara para los que tenemos hambre porque nos quita todo y te hace un agujero en el estómago que crece hasta ser agujero del cerebro. (...)